

que el francés había echado el resto en esta batalla.

Por mas que tan señalada victoria alentára á los franceses y á los enemigos ocultos del emperador, y por mas que el duque de Enghien escitára á su rey á que se aprovechara de ella para apoderarse del Milanésado, antiguo objeto de su ambicion, Francisco, lejos de comprometerse en tal empresa, temia por la seguridad de su reino, porque se acercaba el tiempo en que el emperador y el rey de Inglaterra debian invadirle simultáneamente, y en vez de proseguir aquel triunfo, desmembró del ejército de Enghien doce mil soldados de los que habian triunfado en Cerisoles. Y en efecto, el emperador, despues de conseguir que el general don Fernando de Gonzaga y el maestro de campo don Alvaro de Sande rescatáran del poder á los franceses á Luxemburgo, donde encontraron mas de ochenta piezas de artillería, y recobráran algunas otras plazas de los Paises Bajos, salió de Spira (10 de junio, 1544), despedida la Dieta, á incorporarse con su ejército que ya habia penetrado por el Lorenés dirigiéndose á la Champaña. El intento del emperador era marchar sobre París, para lo cual tenia que allanar algunas fortalezas, como eran Ligny, Commercy, Saint-Dizier, Reims y Chalons. El ejército imperial constaba de mas de cincuenta mil hombres bien pertrechados, y Enrique de Inglaterra en cumplimiento del concierto con Carlos habia llevado tambien el suyo á Francia, y le tenia entre la Nor-

mandía y la Picardía. Mientras el emperador, tomadas fácilmente algunas plazas, ponía sitio á Saint-Dizier, el inglés cercaba tambien por su lado á Montreuil, si bien se advertia entre ellos aquella falta de union y de confianza que tan necesaria les era para llevar adelante el plan convenido, y que comenzando por poca armonía habia de parar en perjudicial desacuerdo.

Apurada era la situación del rey Francisco, teniendo en el corazon de su reino tan poderosas fuerzas enemigas; y sin embargo no perdió el ánimo, y á fuerza de fatigas logró reunir hasta cuarenta mil infantes y seis mil caballos. Uno de sus medios de defensa fué el mismo que en otra ocasion empleó en la Provenza con fruto; el de devastar los paises por donde habia de marchar y acampar el enemigo para privarle de mantenimientos. El delfin, su hijo, á cuyo cargo puso las principales fuerzas, limitábase á molestar al enemigo é interceptar los convoyes, esquivando arriesgar una batalla en que sin duda hubiera podido aventurar la pérdida del reino. Entretanto continuaban los imperiales sitiando y apurando á Saint-Dizier, que defendian valerosamente el conde de Sancerre y Mr. de La Lande, los heroicos defensores de la célebre plaza de Landrecy. En los combates y asaltos de este sitio murieron, por parte de los imperiales el principe de Orange, y por la de los franceses el bizarro capitán La Lande. La

plaza resistió todavía algunas semanas, hasta que por un ardid del canciller Granvela, que consistió en hacer presentar á Sancerre, unas supuestas cartas del duque de Guisa, facultándole para capitular por las dificultades que el rey tenia para socorrerle, cayendo Sancerre en la trampa y artificio, convino en la entrega de la ciudad (agosto, 1544), no sin obtener una honrosa capitulacion despues de una gloriosa defensa (1).

Ganada Saint-Dizier, prosiguió el emperador internándose en la Champaña, no obstante tener que marchar por un pais exhausto de víveres, y á pesar de los conflictos en que le ponía el atraso de pagas á las tropas, y especialmente por parte de los alemanes, que de continuo se le alborotaban pidiendo dinero, y alguna vez hasta atentando á la vida del emperador. Necesitaba por lo tanto detenerse á tomar algunas plazas para proporcionarse recursos, y así fué avanzando hasta apoderarse de Epernay y de Chateau-Tierry, esta última distante ya dos solas jornadas de París. Seguiale con la vista el ejército francés en su

(1) Du Bellay, Memoir.—Branthôme, tom. VI.—Paulo Jov., Historia del emperador.—Sandoval, libro XXVI., pár. 19 á 27.—Robertson. Hist. de Carlos V., libro VIII.

No es fácil, en esta, como en otras ocasiones, conocer por nuestro Sandoval la verdadera nomenclatura de los personajes y de los pueblos que se mencionan en esta

guerra. Por ejemplo, á Sancerre le nombra en unas partes *Sanserra*, en otras *Sanserrio*; á La Lande *Mr. de Landi*; á Guillermo Du Bellay, *Bellaio*; á los pueblos Ligny, Commercy, Saint-Dizier, los llama *Leni*, *Carmesi*, *San Desir*; al rio Marne *Marba* ó *Matrona*; á Epernay, *Aspernecto*; á Chalons, *Catalaunio*; y así de los demas.

marcha desde la ribera opuesta del Marne que los dividia. Ambos ejércitos iban talando las campiñas é incendiando las poblaciones por donde pasaban, dejando el pais en el mas lastimoso estado: hubo ocasion de acampar el ejército imperial en medio y á la vista de cuatro poblaciones ardiendo á un tiempo, incendiadas dos por los imperiales y dos por los franceses.

La aproximacion de Carlos V. á París produjo en los habitantes de aquella capital, susto y terror en unos, desesperacion y corage en otros, y unos huian con sus familias á las ciudades del Sena y del Loire, y otros se preparaban á defenderla á todo trance, entre ellos, la juventud de las escuelas, que tomó animosa las armas y se organizó en banderas. El mismo rey tuvo momentos de desánimo, hasta el punto de esclamar: «¡Dios mío! ¿qué cara me haces pagar esta corona que creia haber recibido como un presente de tu mano!» Pasando luego del dolor á la resignacion, añadió: «¡Cúmplase tu voluntad!» Y reponiéndose de su desaliento, envió al delfin con ocho mil hombres á París, guarneció convenientemente la plaza de Meaux, y él mismo, por medio de una marcha forzada, se puso entre la capital y el campo imperial.

En este intermedio, temeroso el rey Francisco de no poder evitar que llegára Carlos á apoderarse de París, le habia enviado varios mensajes de paz, ya

por medio del almirante y del gran canciller de Francia, ya poniendo en juego la intervencion del confesor de la reina y suyo, el español fray Gabriel de Guzman, fraile dominico natural de Valdemoro, cerca de Madrid. Aunque Carlos habia ido poniendo muchas dificultades para acceder á un concierto, conveniale tambien á él la paz. Su ejército carecia de víveres, y ofreciale no pocos inconvenientes invernar en Francia. Por otro lado tenia enojado al pontífice, así por sus complacencias con los protestantes de Alemania, como por su alianza con el rey de Inglaterra, á quien el papa miraba como á un herege escomulgado. Temia pues por Italia: y por otra parte, en Alemania progresaba la reforma, y el turco amenazaba á Austria por Hungría. No era por lo tanto difícil llegar á un ajuste entre dos soberanos, de los cuales el uno deseaba la paz y el otro la necesitaba. Así sucedió, y despues de algunas conferencias se concertó y estipuló la paz en Crespy, aldea inmediata á Meaux (18 de setiembre, 1544), firmándola por parte del emperador el canciller Granvela y don Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, por parte del rey Francisco el almirante Annebault y el guardasellos del reino.

Los principales capítulos de la paz de Crespy eran: la consabida cláusula de firme y perpétua paz y amistad entre ambos soberanos, que se estipulaba siempre y no se cumplia nunca: que se devolverian

recíprocamente todo lo conquistado desde la tregua de Niza: que se restituiria á los duques de Saboya, de Mantua y de Lorena todo lo que les hubiera sido tomado por ambas partes: que se unirian para hacer guerra al turco, aprontando para esto el rey Francisco seiscientas lanzas y diez mil hombres cuando el emperador los pidiese: que Carlos daria en matrimonio al duque de Orleans, hijo de Francisco, ó bien su hija la princesa María con los estados de Flandes, ó bien la hija segunda de su hermano Fernando con el ducado de Milan, habiendo de determinarlo el emperador dentro de cuatro meses: que Francisco renunciaria todos los derechos que pretendia tener á los reinos de Nápoles y Sicilia, y al señorato de Flandes, Artois y otros estados: que no daria auxilio de ninguna clase al retirado rey de Navarra que en cambio renunciaria todo derecho al ducado de Borgoña y á otras ciudades que se designaron: que entraria en esta paz el rey de romanos y todos los príncipes cristianos que quisieren, etc. (1).

El tratado de Crespy tenia que disgustar y disgustó á muchos: al papa, porque era otro el partido que él se proponia sacar del rey Francisco; al sultan, por la guerra que se proponian hacerle, convirtiéndose su aliado en enemigo; á los protestantes de Ale-

(1) Dumont, Corps Diplomat. II. dia eran treinta y uno. Sandoval — Coleccion de tratados de paz, to- los pone en el libro XXVI., pár. 28. ma I.—Los capítulos de la Concor-

mania, por una cláusula particular que no se insertó en el tratado, por la que se convenian los dos en emplear su valimiento á fin de que se reuniese un concilio para atajar y condenar la doctrina reformista; al delfin de Francia, por la predileccion que su padre parecia manifestar hácia su hijo segundo; al rey de Inglaterra, por haberse hecho todo sin su intervencion, cuando estaba haciendo la guerra á una con Carlos; bien que cuando éste le anunció lo que trataba contestára como despechado, que él hiciera lo que le estoviese bien, que por su parte pensaba llevar la guerra adelante. Asi cuando le llegaron los embajadores franceses con los artículos de la paz, le hallaron tan mal dispuesto á entrar en ella, y tan envalentado con haber rendido á Boulogne, y puso tales condiciones, que hubo de rechazarlas con desden el rey Francisco, y la guerra continuó entre ambas naciones.

Por su parte el emperador, en cumplimiento del tratado, retiró su ejército y se volvió á Flandes para invernar en Bruselas. Allí licenció sus tropas, quedándose solo con el tercio de don Alvaro de Sande destinado á pasar á Hungría. Los españoles, en vez de venir á España, acostumbrados á la vida militar, prefirieron los mas alistarse al servicio del rey de Inglaterra que los buscaba y ofrecia buenos sueldos, y sirviéronle todo el tiempo que duró la guerra con Francia. El general del ejército inglés era el español

don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, á quien debió el rey Enrique el buen suceso de la jornada de Boulogne.

Todo el mundo estrañaba, y razon habia para ello ciertamente, que cuando Carlos V. se hallaba tan pujante y poderoso, amenazando á la misma capital de Francia y teniendo á su rival tan apretado, hubiera suscrito á condiciones tan graves para él como las del tratado de Crespy, y á que nunca habia accedido aun en las mas desfavorables situaciones, y se desconfiaba y tenia por inverosimil que llegára el caso de desprenderse de uno de los estados á que jamás en sus mayores apuros habia querido renunciar. Pero á las razones que antes hemos apuntado, debe sin duda agregarse el mal estado de su salud y padecimientos de la gota que le aquejaban ya mucho entonces. Asi fué que cuando llegó á Bruselas el embajador francés encargado de obtener la ratificacion de la paz, Carlos que comprendia aquella desconfianza, dijo al poner trabajosamente la pluma sobre el papel: «No temais que yo haya de quebrantar el tratado, porque la mano que apenas puede sostener una pluma no está ya para blandir la lanza.»

Dispuesto á cumplir el tratado hasta en la parte que debia hacérsele mas sensible, habia enviado á Castilla su secretario Alonso de Idiaquez, con cartas para el príncipe don Felipe su hijo, gobernador del reino, ordenándole consultára al consejo de Estado

cuál de los dos casamientos y de las dos cesiones le parecía mas conveniente, si el de su hija ó el de su sobrina, si la cesion de Flandes ó del Milanésado. A esto último parecía haberse inclinado ya el emperador y el consejo de Castilla, cuando la fortuna le abrió un camino, que sin faltar á los compromisos le dejaba libre de las obligaciones del pacto, sin desmembracion alguna de sus dominios. El joven duque de Orleans, á quien se destinaba la princesa, y en cuyas excelentes prendas cifraban las mayores esperanzas los franceses, y aun los milaneses mismos, falleció de resultas de una fiebre maligna (1545), con sentimiento general, y muy especialmente de su padre que le amaba con predileccion.

Este inesperado acontecimiento dejaba sin efecto una de las cláusulas mas esenciales de la paz de Crespy. El rey Francisco pedia alguna indemnizacion de la desventaja que le hacia sufrir la muerte de su hijo, pero Carlos se negaba á alterar la letra del tratado, y esquivaba entrar en nuevas negociaciones sobre el ducado de Milan. En otro tiempo habria sido éste sobrado motivo para romper de nuevo la guerra los dos soberanos rivales, mas la edad de uno y otro monarca, á quienes habian pasado los fuegos de la juventud, la necesidad de atender el de Francia á la guerra de los ingleses, y los proyectos del emperador contra los protestantes de Alemania, evitaron por entonces otro rompimiento que hubiera vuelto á poner

en combustion la Europa, quedando solo sacrificado el duque de Saboya, cuyos dominios no podian serle devueltos sin la celebracion del matrimonio del de Orleans (1).

Favoreció tambien á que gozase la Europa de cierto, aunque breve período de reposo, del cual habia bien menester, la muerte por este tiempo ocurrida del famoso y terrible corsario Barbaroja, que en la marcha de retirada de los puertos franceses habia ido con su flota devastando de tal manera las costas de Italia, y todo el litoral de los países que median hasta la capital de Turquía, que entró en Constantinopla con riquísima presa de alhajas y millares de desgraciados cautivos, dejando tras sí el llanto y la desolacion en las poblaciones cristianas. Este antiguo pirata, rey de Argel y virey de Túnez, y almirante despues del Gran Turco, dejó por heredero de su inmensa riqueza á su hijo Hassen Barbaroja, que á la sazón se hallaba en Argel.

Permaneció algun tiempo el emperador en Bru-

(1) Entre los papeles de Estado del cardenal Granvela (t. III), se encuentran los siguientes documentos sobre la alternativa de los dos matrimonios contenida en el tratado de Crespy. 1.º La manera de consultar la alternativa con los señores de los Países Bajos. 2.º Discurso y razonamiento de las consideraciones que se han de tener presentes sobre la alternativa de los matrimonios del duque de Orleans, etc. 3.º Declaracion de la alternativa. En Bruselas, fin de febrero, 1545.—Embajada del rey de Francia al emperador dándole cuenta de la muerte de su hijo.—Hubo sospechas de haber sido envenenado por consejo ó industria de su cuñada Catalina de Médicis, y aun dicen no le pesó á su marido Enrique, á quien mortificaba la envidia por el favor que el rey, su padre, y el emperador dispensaban al de Orleans. Tenia entonces 22 años.—Sandoval, lib. XXVII, pár. 4.

selas á causa del mal estado de su salud, dedicado á discurrir y preparar los medios mas eficaces, enérgicos y pronto para acabar con las contiendas religiosas que seguian conmoviendo sus dominios, y para sofocar con energía, ahora que le dejaban libre las guerras de Francia, el espíritu y las doctrinas de la reforma, que habían cundido maravillosamente por casi todos los paises de Europa, á favor de sus distracciones y de las condescendencias con los protestantes, á que la complicacion de sus atenciones y negocios le habia obligado. Pero materia será esta para otro capítulo, debiendo limitarnos en el presente al término que por entonces tuvo la guerra que podemos llamar general con Francisco I.

CAPITULO XXVI.

MUERTE DE LUTERO.

CONCILIO DE TRENTO: GUERRA DE RELIGION.

De 1541 á 1547.

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martín Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Decisiones de Carlos V. contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederacion de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situacion de Carlos V. en Ratisbona.—Reunion del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heroica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersion de las tropas luteranas.—Ríndense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuracion en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.

Desembarazado Carlos de la guerra de Francia, y permitiéndole la retirada y muerte de Barbaroja y